

Michael Connelly

Cauces de maldad

Traducido del inglés por Javier Guerrero Gimeno

AdN Alianza de Novelas

Título original: *The Narrows*

Diseño de cubierta: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2004 by Hieronymus, Inc.

© de la traducción: Javier Guerrero Gimeno, 2022

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.) Madrid, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-1362-846-2

Depósito legal: M. 11.115-2022

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA DE NOVELAS, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

adn@adnovelas.com

*En memoria de Mary McEvoy Connelly Lavelle,
que mantuvo a seis de nosotros a salvo del rabión*

Lo único que hicieron fue cambiar un monstruo por otro. En lugar de un dragón, ahora tienen una serpiente. Una serpiente gigante que duerme en el rabión y aguarda el momento oportuno para abrir sus fauces y devorar a alguien.

John Kinsey, padre de un niño muerto en el rabión,
Los Angeles Times, 21 de julio de 1956

Posiblemente solo sepa una cosa en este mundo. Una cosa de la que estoy seguro. La verdad no te hace libre. No como lo he oído decir ni como lo he dicho yo en innumerables ocasiones, sentado en pequeñas salas de interrogatorios y calabozos, instando a hombres desastados a confesarme sus pecados. Les mentí, los engañé. La verdad no te salva ni te devuelve la integridad. No te permite alzarte por encima de toda la carga de mentiras, de secretos y heridas en el corazón. Las verdades que he aprendido me sujetan como cadenas en una sala oscura, en un inframundo de fantasmas y víctimas que se deslizan en torno a mí como serpientes. Es un lugar donde la verdad no es algo que mirar o contemplar. Es el lugar donde acecha el mal. Donde te echa su aliento, cada aliento, en la boca y en la nariz hasta que ya no puedes escapar de él. Eso es lo que yo sé. La única cosa.

Lo sabía el día que acepté el caso que me llevaría al rabión. Sabía que la misión de mi vida siempre me conduce a lugares donde aguarda el mal, a los lugares donde

la verdad que puedo encontrar es una realidad horrible y espantosa. Y aun así no dudo. Y aun así voy, sin estar preparado para el momento en que el mal saldrá de su guarida, cuando me atraparé como una fiera y me arrastrará al agua negra.

Estaba en la oscuridad, flotando en un mar negro, bajo un cielo sin estrellas. No podía oír ni ver nada. Era un momento de tinieblas, hasta que Rachel Walling abrió los ojos y se despertó.

Miró al techo. Escuchó el viento y oyó las ramas de las azaleas que rascaban la ventana. Se preguntó si había sido el arañazo en el vidrio o algún otro sonido del interior de la casa lo que la había despertado. Sonó su móvil. No estaba sobresaltada. Extendió el brazo con calma hacia la mesita de noche. Se llevó el teléfono al oído y respondió con voz completamente alerta, sin el menor atisbo de sueño.

–Agente Walling –se identificó.

–¿Rachel? Soy Cherie Dei.

Rachel supo al instante que la llamada no tenía nada que ver con las reservas indias. Cherie Dei significaba Quantico. Habían pasado cuatro años desde la última vez. Rachel había estado esperando.

–¿Dónde estás, Rachel?

–Estoy en casa. ¿Dónde esperabas encontrarme?

–Sé que ahora cubres mucho territorio. Pensé que tal vez...

–Estoy en Rapid City, Cherie. ¿Qué pasa?

Cherie Dei contestó después de un largo silencio.

–Ha aparecido de nuevo. Ha vuelto.

Rachel sintió que un puño invisible la golpeaba en el pecho y mantenía la presión. Su mente evocó recuerdos e imágenes. Malos. Cerró los ojos. Cherie Dei no tenía que decir a quién se refería. Rachel sabía que hablaba de Backus. El Poeta había resurgido. Nadie dudaba de que iba a hacerlo. Como una infección virulenta que se extiende por el organismo, oculta del exterior durante años para después romper la piel y recordar su fealdad.

–Dime.

–Hace tres días recibimos algo en Quantico. Un paquete por correo. Contenía...

–¿Tres días? Habéis esperado tres...

–No hemos esperado nada. Nos hemos tomado nuestro tiempo. Iba dirigido a ti. A Ciencias del Comportamiento. La sección de correo nos lo bajó y lo abrimos después de pasarlo por el escáner. Cuidadosamente.

–¿Qué había?

–Un lector GPS.

Un lector del sistema de posicionamiento global. Coordenadas de longitud y latitud. Rachel se había encontrado con uno en un caso, el año anterior. Un secuestro en las Badlands donde la campista desaparecida había marcado su ruta con un GPS de mano. Lo hallaron en su mochila y rastrearon sus pasos hasta un campamento donde se había encontrado con un hombre que la había seguido. Llegaron demasiado tarde para salvarla, pero no habrían llegado nunca de no haber sido por el GPS.

–¿Qué había en el GPS?

Rachel se incorporó y se sentó en el borde de la cama. Se llevó la mano libre al estómago y la cerró como una flor marchita. Esperó y Cherie Dei no tardó en continuar. Rachel la recordó cuando aún estaba muy verde, cuando era una observadora aprendiz en el equipo,

asignada a ella en virtud del programa de formación del FBI. Diez años y los casos, todos los casos, habían grabado profundos surcos en su voz. Cherie Dei ya no estaba verde y no necesitaba de ningún mentor.

—Había un *waypoint*. El Mojave. Justo del lado de California en la frontera con Nevada. Salimos ayer y llegamos al marcador. Hemos utilizado imágenes térmicas y sondas de gas. Ayer a última hora encontramos el primer cadáver, Rachel.

—¿Quién es?

—Todavía no lo sabemos. Llevaba mucho tiempo. Estamos empezando. El trabajo de excavación es lento.

—Has dicho el primer cadáver. ¿Cuántos más hay?

—La última vez que me fui de la escena llevaban cuatro. Creemos que habrá más.

—¿Causa de la muerte?

—Aún es pronto para decirlo.

Rachel se quedó pensando en silencio. Los primeros interrogantes que se le plantearon fueron por qué allí y por qué en ese momento.

—Rachel, no te llamo solo para contártelo. La cuestión es que el Poeta vuelve a estar en activo y te queremos aquí.

Rachel asintió. Por descontado que iría.

—¿Cherie?

—¿Qué?

—¿Por qué creéis que fue él quien envió el paquete?

—No lo creemos. Lo sabemos. Obtuvimos una coincidencia hace un rato en una huella del GPS. Cambió las pilas y sacamos un pulgar de una de ellas. Robert Backus. Es él. Ha vuelto.

Rachel abrió lentamente el puño y se examinó la mano. Estaba tan inmóvil como la de una estatua. El pánico que había sentido solo un momento antes estaba

mutando. Podía admitírselo a ella misma, pero a nadie más. Sentía la adrenalina circulando de nuevo en su sangre, tiñéndola de un rojo más oscuro. Casi negro. Había estado esperando esta llamada. Dormía todas las noches con el móvil cerca del oído. Sí, las llamadas formaban parte del trabajo. Pero esta era la única que verdaderamente había estado esperando.

–Puedes poner nombre a los *waypoints* –dijo Dei en el silencio–. En el GPS. Hasta doce caracteres y espacios. A este sitio lo ha llamado «Hola, Rachel». Supongo que todavía prepara algo para ti. Es como si te estuviera llamando, tiene alguna clase de plan.

La memoria de Rachel desenterró la imagen de un hombre cayendo hacia atrás a través de un vidrio y desapareciendo en el oscuro vacío que se abría debajo.

–Voy en camino –dijo.

–Lo estamos trabajando desde la oficina regional de Las Vegas. Será más fácil mantenerlo oculto desde allí. Ten cuidado, Rachel. No sabemos qué tiene en mente, pero ten cuidado.

–Lo tendré. Siempre lo tengo.

–Llámame para darme los datos y pasaré a recogerte.

–Lo haré.

Rachel pulsó el botón de desconexión de la llamada. Se estiró hacia la mesilla de noche y encendió la luz. Durante un momento recordó el sueño: la calma del agua negra y el cielo, como dos espejos enfrentados. Y ella en medio, simplemente flotando.

Graciela McCaleb me estaba esperando junto a su coche en mi casa de Los Ángeles cuando llegué. Se había presentado a tiempo a nuestra cita, pero yo no. Aparqué rápidamente en la cochera y salí del Mercedes para saludarla. No parecía disgustada conmigo. Pareció tomárselo con calma.

—Graciela, siento mucho llegar tarde. Me retrasé en la 10 con todo el tráfico de la mañana.

—No se preocupe. Casi lo estaba disfrutando. Hay mucha tranquilidad por la mañana.

Abrí la puerta con mi llave, pero cuando la empujé se atascó con el correo acumulado en el suelo, en la parte de dentro. Tuve que agacharme y meter la mano por detrás para apartar los sobres y abrir.

Me levanté y, al volverme hacia Graciela, extendí el brazo hacia la casa. Ella pasó a mi lado y entró. Yo no sonreí, dadas las circunstancias. No la había vuelto a ver desde el funeral. En esta ocasión apenas parecía un poco mejor, el dolor de la pérdida todavía se aferraba a sus ojos y a las comisuras de la boca.

Cuando pasó junto a mí en la estrecha entrada del vestíbulo, olí una fragancia a naranja dulce que recordaba del funeral, del momento en que le había sujetado una mano entre las mías, le había dicho cuánto lo lamentaba y le había ofrecido mi ayuda si de algún modo

la necesitaba. En aquella ocasión ella vestía de negro. Esta vez llevaba un vestido suelto con estampado de flores que combinaba mejor con el perfume. Le señalé la sala de estar y la invité a sentarse en el sofá. Le pregunté si quería tomar algo, aunque sabía que no tenía nada en la casa con lo que responder, salvo probablemente un par de botellas de cerveza y agua del grifo.

–No, gracias, señor Bosch.

–Por favor, llámeme Harry. Nadie me llama señor Bosch.

Esta vez traté de sonreír, pero no dio resultado. En realidad, no sé por qué esperaba que lo diera. Había pasado mucho en la vida. Recordé la película. Y ahora esta última tragedia. Me senté en la silla de enfrente del sofá y esperé. Ella se aclaró la garganta antes de hablar.

–Supongo que se preguntará por qué necesitaba hablar con usted. No fui muy comunicativa por teléfono.

–No importa –dije–, pero sentí curiosidad. ¿Hay algún problema? ¿Qué puedo hacer por usted?

Asintió con la cabeza y se miró las manos, que sostenían un bolsito bordado con cuentas negras. Parecía algo comprado para el funeral.

–Algo va muy mal y no sé a quién recurrir. Conozco lo suficiente por Terry, me refiero a su forma de trabajar, para saber que no puedo acudir a la policía. Todavía no. Además, ya vendrán ellos a verme. Pronto, supongo. Pero hasta entonces necesito alguien en quien pueda confiar, que me ayude. Puedo pagarle.

Me incliné hacia delante, puse los codos en las rodillas y junté las manos. Solo la había visto una vez, en el funeral. Su marido y yo habíamos estado próximos en una ocasión, pero no en los últimos años, y ya era demasiado tarde. No sabía de dónde provenía la confianza de la que hablaba.

—¿Qué le contó Terry para que confíe en mí? Para que me haya elegido. Usted y yo ni siquiera nos conocemos, Graciela.

Asintió con la cabeza como si se tratara de una buena pregunta y una apreciación justa.

—En un momento de nuestro matrimonio, Terry me contó todo de todo. Me habló del último caso que investigaron juntos. Me dijo lo que ocurrió y cómo se salvaron la vida el uno al otro. En el barco. Eso me hace pensar que puedo confiar en usted.

Asentí.

—En una ocasión me contó algo que recordaré siempre —agregó—. Me dijo que había cosas de usted que no le gustaban y con las que no estaba de acuerdo. Creo que se refería a su forma de actuar. Pero añadió que si de entre todos los policías y agentes que había conocido y con los que había trabajado tenía que elegir a alguien para investigar un asesinato, lo elegiría a usted. Con los ojos cerrados. Dijo que lo elegiría porque nunca se rinde.

Sentí una tirantez en torno a los ojos. Era casi como si pudiera oírsele decir a Terry McCaleb. Le hice una pregunta, a pesar de que ya conocía la respuesta.

—¿Qué quiere que haga?

—Quiero que investigue su muerte.